

Desaparecida¹ (Narración breve)

Héctor Arturo Gómez Martínez²

¹ La vida está llena de ironías, de reveses, de vacíos; entre otras muchas cosas. Deseamos lo que no tenemos y cuando lo alcanzamos, el objeto del deseo cesa o se aminora, porque el desafío de lo novedoso vuelve a tentar la volubilidad del interés y los sentidos. Estamos llenos de vacíos y deseamos lo que no se tiene. Por eso, la monotonía y la rutina conllevan una buena dosis de frustración y desaliento. Y a veces, para establecer el rumbo de la vida, acudimos a maniobras normales a nuestros propios ojos, pero inverosímiles para los de quienes nos observan; cuando llegan a hacerlo, son ellos quienes califican nuestras acciones.

Esta es una historia de amor y de limitaciones. De frustración y de añoranzas. De estupor y de cariños idos.

Al final solo queda la nostalgia, o la tristeza. Y un adiós, al parecer definitivo, por el que pasarán solamente las imágenes borronadas del recuerdo. Aquellas que quizá, tal vez, rescatan de la ignominia las palabras en las que se plasman.

² Ingeniero Civil, Universidad del Cauca. Escritor. Correo electrónico: hegomarti@gmail.com

Lleva cerca de cuarenta años llorando la pérdida definitiva de su hija. Esa criatura que recibió de brazos el día que su mujer decidió marcharse de su vida, sin más huella que los recuerdos lacerantes de todo lo que habían vivido.

Entonces, era un mozalbate de diez y ocho años, pleno de fuerzas y optimismo, decidido a lograr, con el hogar formado, la felicidad que dibujaba los parajes del ensueño. Nunca la consiguió. Aquella mujer resultó una desidiosa que emprendió el abandono tras sembrarle en el alma la amargura que reseca todo sueño, cuando visualizó en su balanza mejores y más rápidas oportunidades.

Florencio Matabajoy nunca supuso el cariño inmenso que desarrollaría por su niña. Convertido a su edad en padre y madre de la criatura inerte, debía acarrear con ella a su trabajo de labriego, procurar su vestido y alimentación, asearla, velar por su sueño y ejercer, en general, todas las funciones necesarias para impulsar un adecuado crecimiento.

Aparte debía trabajar. Acudir a diario a la parcela, a la montaña, a los surcos y refrías inherentes a su formación campesina; y aunque estaba inclinado por naturaleza a estas faenas eran, la mayoría de veces, su principal obstáculo cuando de cuidar a la niña se trataba.

Tampoco imaginó en aquellas épocas, que esta dualidad se convertiría, por una decisión no meditada, en el drama más doloroso de su vida.

Habían pasado los días y los años. La criatura tomaba ya las formas incipientes de una niña, y a sus once años, era el soporte afectivo de su padre: su motivo, su tiempo y el dial ineludible de su esfuerzo. Ahora, podía quedarse en casa más tiempo mientras su papá trabajaba en el campo, y a las labores domésticas de cada día aunaba la intención de asistir, en pocos meses, a la escuela veredal, con la ilusión de adquirir más conocimientos.

La tragedia inesperada empezó cualquier día por la tarde. Florencio llegó de nuevo a casa en busca de su niña, con la mochila y las herramientas que eran su compañía en las horas de laboriosa soledad. La encontró tirada por el piso, desmayada. Desesperado y como pudo, arribó con el pequeño cuerpo al viejo hospital de la ciudad, donde unas monjas de hábitos blancos y sonrisa alegre lo atendieron.

- *Cuál hospital era?*

- *No me acuerdo. Solo se que quedaba cerca de un río.*

La niña quedó internada, bajo vigilancia médica. Horas después tranquilizaron al padre, a quien informaron que al día siguiente podría recogerla.

Se presentó al llamado, pero ni siquiera lo dejaron verla. Todos, hasta los uniformados que vigilaban el lugar lo ahuyentaron, amenazándolo con demandarlo *"por lo que le hiciste a la niña"*, tratándolo además de *"desnaturalizado y corrompido"*, y calificándolo como *"un padre que ha mantenido un total descuido sobre su hija"*, cuando para él lo era todo en su vida, cuidándola y atendiéndola con el mejor de los esmeros. De ahí la sorpresa e incredulidad con que recibió la andanada.

Nunca más volvió a verla. Alguna vez le dijeron que las monjas la habían empleado en servicio doméstico por alguna casa del barrio Santiago. Dió con la casa, le hablaron de una muchacha que habían conservado hasta hacía poco, le dieron las señales del lugar donde probablemente estaría, pero por más que indagó no encontró su paradero.

Alguien en el hospital revisó la ficha de ingreso de la niña:

"NOMBRE DEL PADRE: Florencio Matabajoy.

NOMBRE DE LA MADRE: La Vaca Pintada ..."

- ¿Cómo?

- *La vaca pintada. La vaca pintada. La vaca pintada...*- había repetido a todos, ante su incredulidad y rechazo.

Les contó la historia. Les dijo que su papito era bueno, que se querían mucho, que por qué no podía verlo. Les dijo también que vivían en el campo, solos, que no conocía ningún otro familiar. Les habló de cuando acompañaba a su papá al monte, a la siembra, a la cosecha, y de cuando se quedaba en casa esperándolo.

- ¿Y, la vaca pintada?

- *Desde pequeña... cuando salía al trabajo... a la hora del hambre... a veces... Teníamos una vaquita: "La Pintada"... Yo... yo me ponía junto a ella, y logré que desde la misma ubre la niñita tomara la leche.*

- ¿Como un ternero?

- *Si... si, Señor... Pero lo hice sin pensar... No hacía nada malo... Yo quería mucho a mi niña... La extraño y quisiera encontrarla. Ella aprendió a tomar leche de La Pintada hasta que estuvo crecidita. La vaquita era especial con la niña y ella también la quería mucho....*

Cuando le quitaron a su niña, a Juvencio solo le quedó el espanto. Huyó lejos, al norte, con el recuerdo lacerante de su hija. Volvió pensándola, pero siempre con el temor de que, si decía algo o reclamaba, iban a detenerlo. Aún ahora que es un anciano, cree que pueden hacerlo; que vendrán a castigarlo por la forma como crió a su hija.

En la soledad de un cuarto en las goteras de la ciudad, sobrelleva su pena y su sentido de culpa, llorando desconsolado a la hija perdida.

No tiene una foto, ni una pista, ni una letra suya.

Solo su historia y su recuerdo.